



envenenado ritmo”<sup>1</sup>; incluso cabe mencionar su sintonía con algunos momentos de *Historia de Simona* (2010, Premio de novela corta José María de Pereda) de Darío Jaramillo Agudelo. Como en las tres novelas citadas, es el contraste entre el deseo y la realidad lo que empuja la narración, lo que obliga al ser que ama y que siente que no recibe el amor que merece, en este caso a la mujer que se incomoda cuando su amante la llama “cariño”, como también llama a muchas otras personas y a sus examantes, a convertir la escritura en alegato, explicación, paño de lágrimas, y el impulso parte de una idea, certera o equivocada, de lo que debería vivir y no vive: “El amor debe contenerme. Debe ser una sustancia a la cual asirme y purificar-me. Debe ser una verdad no absoluta pero manifiesta. Debe ser una sensación en el cuerpo, un bálsamo. Una emoción. El amor debe ser el inicio de este diálogo inconsciente. El sabor único de este espacio que cobra vida más allá de mis sueños” (pág. 34).

Poeta y cuentista galardonada, Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 1999, Karim Quiroga ha creado una mujer que va mostrando sin mucho pudor, lúcida y honrada, mentirosa y valiente, lo que espera, lo que obtiene y lo que extraña de un hombre, y lo más inquietante de sus confesiones es que intuimos —es tentador decir que sabemos—, que no le podemos creer del todo, que estamos frente a una narración en primera persona particularmente

1. Elizabeth Smart, *En Grand Central Station me senté y lloré*, Editorial Periférica, Cáceres, 2009, pág. 38.

desconfiable. Ese es uno de los grandes aciertos de la novela y el motivo por el cual todas las reseñas que se escriban sobre *Retrato de un amante holandés* serán muy diferentes y tal vez esta sea la única que concluya con la siguiente cita: “Vivo de los recuerdos pero los evado. Vivo rodeada de fantasmas. Estaba de camino al abismo hasta que llegó el amante que me convirtió en princesa y turista de su cuerpo. Boicoteó mis planes. Me enamoré” (pág. 13).

**Octavio Escobar Giraldo**

Profesor, Universidad de Caldas

## El baúl enciclopédico

### *La mujer barbuda*

RAMÓN ILLÁN BACCA

Seix Barral, Bogotá, 2011, 177 págs.

CUANDO VI en la solapa la sonrisa socarrona de Ramón Illán Bacca (n. 1938) y la mirada tibetana de sus ojos, me dieron ganas de sentarme con él en una mesa y decirle: “Abuelo, cuenta un cuento”. Y sabemos que esa ha sido parte importante de su oficio: ser cuentero. Pero también ha publicado hasta el momento cuatro novelas, y van con esta, cinco.

El párrafo que sigue es el comienzo de la reciente novela *La mujer barbuda* de Ramón Illán Bacca Linares. Y la obra comienza con una “Indagación” sobre un naufragio. ¿Indagación de qué? De un chisme, un rumor persistente en donde hay algo oculto; de esos que, en la cultura oral del Caribe, los juglares locales expanden por las costas hasta dar origen a la literatura y a las letras de las canciones populares.

El hundimiento de un circo propiedad de una muchacha barbuda era una historia que se contaba en voz baja pero nadie escribía. El hecho se había convertido en un asunto espinoso y el paso de los años entreveró la prohibición y el olvido.

Tan solo un integrante del Grupo de Barranquilla, que firmaba su columna con el nombre de *Puck*, escribió sobre el hundimiento de un circo y cómo los sobrevivientes fueron con

el transcurrir de los años trancos de las más respetables familias de la ciudad. El artículo produjo una risa *pas-cual* colectiva y no se habló más del asunto. [pág. 9]

Pero se siguió hablando y escribiendo del asunto. Esa indagación preliminar, que ocupa las primeras cuatro páginas del libro, consigna la información central que servirá de base a la novela. Las premisas de la saga son aportadas a la historia por Gilliam Altamira, una *señorita* que descubre en su casa familiar lo que bautiza como “El arcón del tesoro”. De él saca “folios, infolios, legajos, libros y libracos”, hallazgos con los que reconstruye la historia del naufragio. Tiempo después, y ante la imposibilidad de publicar su tesis sobre el caso, la señorita le dona al Museo Romántico de la ciudad el material y, de allí, un narrador travieso que se hace pasar por “El autor” dice sacar los datos que transcribe en los capítulos siguientes. Empiezan pues las urdimbres.

La vida y el destino de Perpetuo Socorro del Valle, una preciosa chica con hirsutismo agudo y por ello barbuda, se develan poco a poco cuando se ensamblan los testimonios de varios personajes:



*Mister Spencer Cow*, un aventurero “cazador de orquídeas” que desembarca en Santa Marta durante el gobierno de Rafael Reyes, se toma la tarea de registrar en sus libretas forradas con hule negro (presentes, por supuesto, en el arcón de los tesoros de Gilliam) todo lo que va viendo a su llegada y durante su estadía. Tiene

la suerte de estar muy bien recomendado, así que no pasa mucho tiempo desde su arribo a la ciudad cuando Cow ya ha conocido a los notables; ya sabe quiénes pueden ser los *dealers* para entretener sus adicciones al láudano, al opio y al hachís (después incursionará en lo que ofrecen estas tierras: la coca, el yopo y el yagé); ha organizado expediciones a la Sierra Nevada para buscar orquídeas, y pronto se ve envuelto en la vida social de Santa Marta y Barranquilla. En el barco que lo trajo conoce a Aspasia, “la Chipriota”.

La Chipriota, una mujer mundana y atractiva, a cuyos encantos sucumbe Mr. Cow, consigna en sus cuadernos de tapas azuladas un diario en el que cuenta la historia personal de sus andares por el mundo, sus apatencias por los mulatos jóvenes y su encuentro en Londres con Heliodoro de Armas, un poeta costeño y andariego que la ilustra sobre la política local de la República. En sus cuadernos aparecen los detalles de la crianza de las mellizas del Valle, de quienes fue institutriz luego de que quedaran huérfanas. Porque María Perfecta del Valle y “la peluda” eran hijas de un importantísimo militar samario que murió devorado por un caimán enorme. La sustanciosa herencia de las niñas es desde luego un vórtice de intrigas que le sirven de combustible a la novela.

La tercera visión la aporta Malcolm Moss, quien, en calidad de cónsul —en los tiempos en que Inglaterra era el imperio dominante—, tiene acceso a información privilegiada. Sus chismes diplomáticos, insertos en cartas que dirige a los superiores de la Legación Británica en Bogotá, enriquecen y enredan la trama novelesca. Una de estas misivas comienza, por ejemplo: “De cómo el atentado [contra el presidente Reyes] contó con la aprobación de los curas”.

Así que con “los folios y legajos” anteriores se construye la trama. Bajo el epígrafe “La gente extraña tiene vidas extrañas”, firmado por Perogrullo, aparece el primer capítulo que sirve de marco y de preludeo a la novela; en el centro están los testimonios en los que Cow, Aspasia y el cónsul deshacen sus ovillos y dejan cabos sueltos. Y solo hasta el fin,

con un recurso que no puede revelarse (pues el lector, como en una novela policíaca, no debe sospecharlo), aparece la versión final sobre el naufragio.



Desde el comienzo de la indagación hasta que se nos descubre el desenlace ha transcurrido medio siglo XIX. Y como la novela de Illán Bacca fue publicada en 2011, los rumores sobre la suerte de la mujer barbuda duraron en realidad, dadas las implicaciones políticas del hecho, envueltos en tapujos durante decenios.

El lenguaje de *La mujer barbuda* es expansivo y desenfadado. Los personajes que narran los eventos en sus diarios son buenos observadores y deslenguados por temperamento, de modo que el ritmo de la prosa entretiene al lector desde el comienzo mientras se adentra por los vericuetos de la trama truculenta y divertida. En la voz un poco inverosímil de los distintos narradores se escucha de trasfondo el talante costeño, anecdótico y oral de Ramón Illán Bacca. El tono es socarrón; el escritor no le teme al disparate y nos recuerda que el mundo y el país son de todas maneras un gran circo en el que el desatino es un recurso necesario. Sabemos, por las publicaciones anteriores del autor —por ejemplo, por su prólogo al *Proyecto Voces*, que le valió un premio Simón Bolívar—, que Bacca sabe utilizar un tono serio de periodista y erudito. Pero en este trabajo ha preferido que la sátira sea también un hilo conductor del libro.

Algunos comentaristas de su obra lo califican de ser un importante exponente en Colombia del género de

novela policíaca. Y la estructura interna de *La mujer barbuda* no está lejos, pero en este caso el detective principal es el lector, a quien el autor le presta su cristal de aumento para que, mientras descubre qué pasó con el naufragio de un barco que llevaba el circo a Venezuela, se distraiga contemplando huellas.

Esta novela —me da la sensación— es también una excusa para sacar del baúl de los tesoros los mil datos curiosos que el autor ha venido acopiando desde hace tiempos y que reclaman un sitio. Es palpable en el libro que Ramón Illán Bacca ha investigado con pasión y humor sobre la historia política del siglo XIX en la región Caribe, incluidas la literatura de la época y las modas intelectuales y domésticas. Hay una interesante tensión entre lo provinciano previsible y tedioso y lo cosmopolita que promete apertura y entusiasmo. El recurso de crear narradores extranjeros sirve para estudiar con cierto desapego los juegos de política, las estructuras de la sociedad y la precariedad crónica de las relaciones del país Caribe con el centro de poder en las montañas de los Andes, tal y como apunta Aspasia, al referirse a la recién separada Panamá: “Sentí ese país como inventado. En realidad, todo el poder era de los gringos, y los gobernantes unas marionetas. Aun así le oí decir a la mayoría de las personas que eso era preferible a depender de Bogotá” (pág. 138).



Y también estaban guardados en el baúl el esoterismo de *madame Blavasky*, el califa Abderramán segundo y sus catorce momentos de

felicidad; los fumaderos de opio de Barranquilla y el mafioso chino que los administraba. Del baúl salen las fundas para cubrir las patas desnudas de los pianos que parecen ser de una sexualidad escandalosa, y surgen además Pepito Grillo (un evidente anacronismo), trucos para depilarse, un manual de *La costeña elegante* de Conchita Cotes y los primeros embarques de coca hacia Inglaterra.



No es gratuito que este autor sarmario también ventile el tema de las drogas. Sabemos que la institutriz de las muchachas había luchado ya contra sus dependencias en Europa; y *Mr. Cow* no podía vivir sin sus sustancias, así que cuando llega a América pretende también vivir de ellas. *Mr. Cow* anota en sus libretas:

Uno de los fuertes de nuestro negocio, titulado La Nevada (pues decidí ser socio y puse en el negocio casi todos mis ahorros) es la cantidad de hojas de coca que se vende a una farmaceuta. Al parecer este fabrica la cocaína para el consumo local. Hasta ahora la droga se emplea como un medicamento más, pero por los lados del barrio chino, que se está formando, la consumen las rameras y los malandrines. El consumo crece, pues leí estos días en *El Rigoletto*, el diario principal de la ciudad, cómo se alertaba a los padres de la juventud dorada sobre los peligros de ese hábito. [pág. 43]

En esta información y en muchas otras nos muestra Bacca el palimpsesto de la historia patria, las mismas cosas repetidas en el tiempo, escritas

siempre sobre los mismos pergaminos. Los datos sobre los gérmenes del naciente tráfico de coca son evidentemente relevantes.

Hay así en las casi doscientas páginas del libro una profusión de información circunstancial. Los hitos de la trama pasan a ser entonces un perchero. El novelista no escatima prolizas descripciones y listados:

En el sitio, discretamente iluminado por una lámpara, había muchos libros en todos los lugares y rincones: sobre estantes, sillas, sillones, mesitas esquineras, equipales, baúles decorados, también montones de discos, e infinidad de adornos, ídolos, artesanías de barro y madera, dioses mayas, aztecas, zapotecas, diablos pingones medievales, budas beatíficos, “batiks” representando aventuras del dios Rama, una cabeza de Nefertiti y una reproducción de la barca de Osiris. [pág. 175]

De este modo, al embarcarse el lector en *La mujer barbuda*, un centenar de quiebravistas y de estímulos que salen del baúl lo acompañan—o lo distraen— en su camino hasta descubrir por fin qué sucedió, y quién o qué es en realidad lo que naufraga.

Ignacio Zuleta Lleras

## Nuevas voces en la literatura infantil colombiana

### *La muda*

FRANCISCO MONTAÑA IBÁÑEZ  
Daniel Rabanal (ilus.)  
Sudamericana, Bogotá, Colección  
La biblioteca, 2010, 104 págs., il.

### *A la una la laguna*

JAIRO OJEDA  
Cynthia Bustillos (ilus.)  
Sudamericana, Bogotá, Colección  
La biblioteca, 2010, 56 págs., il.

LA LITERATURA infantil colombiana, a partir del 2000, ha tenido un visible crecimiento que se materializa en nuevas colecciones, autores, ilustradores, programas de animación lectora

y premios<sup>1</sup>. El entusiasmo se atenúa cuando descubrimos que en medio de la cantidad, la calidad no se corresponde. Este fenómeno se evidencia con el ascenso del llamado “mercado de prescripción” (la venta de literatura infantil en los colegios) que refleja, sin duda alguna, el interés porque los niños y jóvenes lean más en el ámbito escolar. Sin embargo, este cambio se está dando en un marco poco crítico, fruto de la presión de las editoriales y las limitaciones de los mediadores principales (los docentes) para distinguir entre libros de gran calidad estética y refritos con mucha mercadotecnia y contenido nulo.

En 2010 apareció, publicada por Sudamericana, sello perteneciente a Random House Mondadori, una muy interesante colección de literatura infantil y juvenil compuesta por autores e ilustradores colombianos<sup>2</sup>, de la que queremos destacar dos títulos: *La muda*, novela de Francisco Montaña y *A la una la laguna*, una selección de poemas del reconocido compositor y cantautor caucano Jairo Ojeda.



Francisco Montaña Ibáñez (Bogotá, 1966), escritor, cineasta y guionista de televisión, forma parte del último grupo de narradores de literatura infantil y juvenil que, usando

1. Luis Bernardo Yepes Osorio, “Los escritores colombianos de LIJ colombiana de los ochenta y los noventa hoy”, en *Nuevas hojas de lectura*, núm. 20, 2009, Bogotá, Fundalectura, pág. 9. También Carlos Sánchez Lozano, “Actividad editorial en Colombia: imágenes y perspectivas”, en *Anuario sobre el libro infantil y juvenil 2009*, Madrid, Fundación SM, 2010, 146 págs.

2. La colección estuvo bajo la dirección de la editora María Fernanda Paz-Castillo.